

INCLUSIÓN SOCIAL: ENFOQUES, POLÍTICAS Y GESTIÓN PÚBLICA EN EL PERÚ

VII Seminario de Reforma
del Estado

Capítulo 9



FONDO
EDITORIAL

Inclusión social: enfoques, políticas y gestión pública en el Perú

Ismael Muñoz (editor)

© Ismael Muñoz, 2014

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: febrero de 2014

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-02569

ISBN: 978-612-4146-63-3

Registro del Proyecto Editorial: 31501361400130

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Inclusión social, desarrollo humano y gobernabilidad democrática

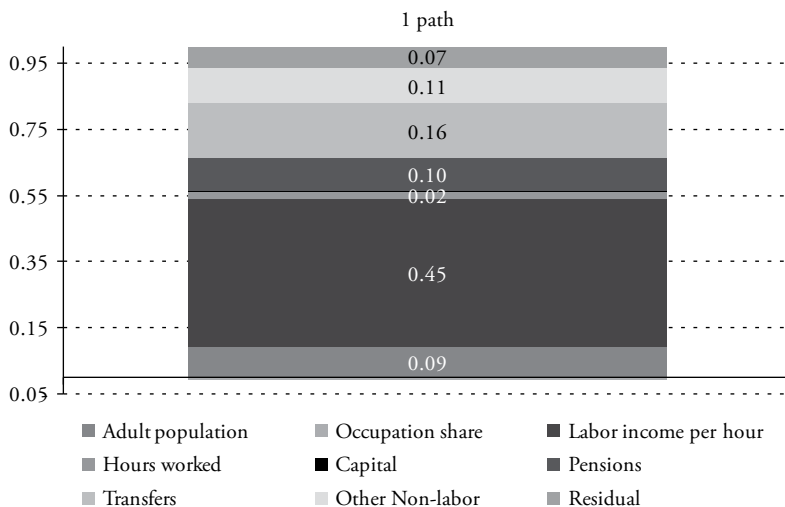
George Gray Molina

Quisiera hacer una reflexión regional sobre América Latina en relación con la inclusión social. Este tema ha ido cambiando en la última década y creo que existe un aspecto interesante de reflexión crítica, que es un punto de inflexión en la manera de mirar dicha etapa. Esta ha sido para los economistas —sobre todo— una década de auge en América Latina, pues se han producido algunos de los avances sociales en pobreza y desigualdad más interesantes del último medio siglo. Sin embargo, queda un sinsabor, así como la sensación de que no todo está dicho, de que tenemos que aprender de los límites de lo ya alcanzado. La narrativa de lo que diré está basada en los países de América Latina, pero he ido colocando algunos ejemplos de Perú que vienen a través de colegas, amigos míos que han trabajado el tema en el área fiscal, empezando por Miguel Jaramillo, quien trabaja en el Perú; y Eduardo Ortiz, de México, que es especialista en temas laborales. Pero en realidad busco centrarme en América Latina, en todos los países del hemisferio, y espero que esto sea de interés para todos.

¿Cuál es la narrativa de esta década y qué es lo que supone aquel «más de lo mismo»? ¿Qué implica esta extraordinaria década de crecimiento económico, de auge, de *commodities*, de bienes primarios, cambios en las estructuras económicas? La trayectoria,

el trasfondo de aquello son desigualdades duras; se trata de un recorrido histórico particular para cada sociedad, un legado histórico distinto en cada lugar. De este modo, las olas demográficas, globales, históricas y el auge de la década generan una huella social que hoy se manifiesta en 51 millones de personas que salieron de la pobreza en los últimos diez años, del año 2002 al año 2012. Pero quedan 177 millones de individuos debajo de la línea de pobreza regional. En América Latina, la cifra de población total alcanza a 590 millones de personas. Entonces tenemos un reto grande, formidable, y queda un núcleo duro por atender. Es interesante empezar a escudriñar, a mirar en detalle quiénes logran beneficiarse de este periodo de auge y quiénes no, y en eso se centrará la atención de los siguientes gráficos.

Gráfico 1. Descomposición del descenso en la desigualdad



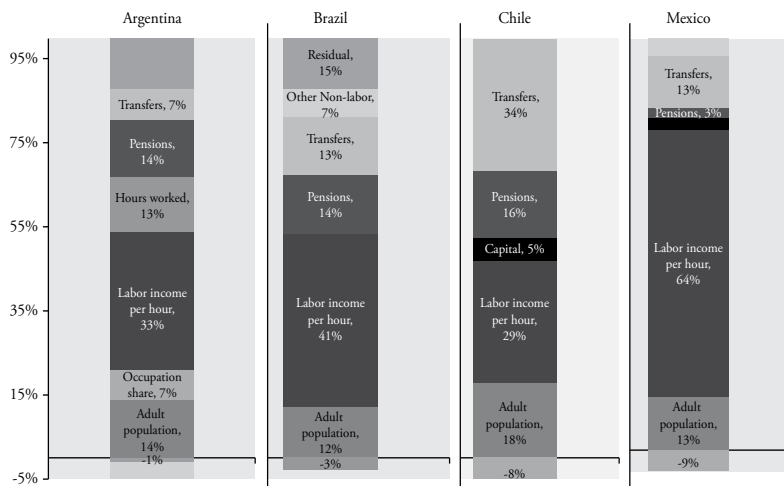
Fuente: Azevedo, João Pedro; Gabriela Inchauste & Viviane Sanfelice, 2011. «Decomposing the Decline in Income Inequality in Latin America» [mimeo]. Banco Mundial.

Empecemos con lo que yo llamo la *huella social* o *inclusión social selectiva*, que nos permite ver que a algunos les va bien y a otros, no tanto. Lo primero en cuanto al trabajo estadístico ha implicado descomposiciones estadísticas realizadas por varios colegas, por ejemplo, Azevedo, Inchauste y Sanfelice —del Banco Mundial—, que descomponen determinantes de la reducción de pobreza en la última década, en quince países de la región. Además, encuentran algo que es contraintuitivo, que resulta ser distinto de lo que solemos pensar que está sucediendo. Esto es que entre el 45 y 50% de la población, la reducción de la pobreza viene por el lado del mercado laboral, gracias a aumentos en ingresos laborales y, de manera específica, debido a aumentos en remuneraciones laborales, vale decir, salarios¹. Cuando se ve en detalle el grupo más privilegiado de los cambios en remuneración salarial es el de los hombres entre 25 a 49 años de edad, en los sectores de servicios en las áreas urbanas de los países de América Latina. Evidentemente, este es el núcleo más favorecido del auge de los últimos diez años. Se trata de un grupo distinto del que hubiéramos imaginado hace 15 o 20 años quienes nos dedicamos a hacer modelos de producción de reducción de pobreza. Respecto a este grupo, cada país tiene una proporción distinta; por decirlo de algún modo, la «fruta madura» de la década cayó en la pobreza porque estaba cerca de mercados laborales dinámicos ubicados en los sectores, tal como explicaré más adelante. El segundo aspecto que emerge en estos estudios de descomposición es que el peso de transferencias sociales es el segundo determinante de la reducción de pobreza. Así pues, dos tipos de transferencias sociales tienen peso. El primero son las pensiones (contributivas y no contributivas), que van focalizadas a un grupo de población (pensionistas,

¹ Azevedo, João Pedro; Gabriela Inchauste & Viviane Sanfelice, 2011. «Decomposing the Decline in Income Inequality in Latin America» [mimeo]. Banco Mundial.

generalmente mayores de 65 años de edad). En diferentes países hay distintas normas para este grupo, por ello, el impacto de pensiones ha sido pobre en la última década. El segundo grupo son las transferencias sociales en programas de atención a la niñez o a madres o a mujeres en edad materna. Entonces, tenemos un conjunto de programas en la región: Bolsa Familia (Brasil), Oportunidades (México), y un sinnúmero de programas de gran impacto en la región. Pero esto representa un tercio del impacto del mercado laboral y eso es algo que nos llama poderosamente la atención en esta reflexión. Lo que emerge lo hace de manera casi residual; se trata del impacto demográfico, pues en esta y en las últimas dos décadas ha habido un *boom* de población juvenil, de nuevos entrantes laborales; y en algunos países ya se evidencia una caída de esto. El Perú, en particular, encontrará pronto una inflexión en el número de entrantes en el mercado laboral y en la tasa de dependencia; es decir, cantidad de gente joven versus cantidad de gente mayor a 65 años en el mercado laboral. Hay muchos países en América Latina que han visto una transición demográfica acelerada. Son aproximadamente cinco los países que ya están tendiendo a lo que llamamos *envejecimiento prematuro* y hay otros quince que todavía están en la fase madura y que van a beneficiarse de la inserción laboral juvenil, si es que hay empleos; y hay un grupo menor de tres países que todavía están en la fase temprana. Esta descomposición tiene una historia distinta en cada país —no hay datos para el Perú porque no hemos hecho la simulación—, pero fíjense en los contrastes entre México y Chile. En México, el 64% del cambio de esta década tiene que ver con remuneración laboral en los sectores de manufactura y servicios; en cambio, en Chile, el 34% se vincula a transferencias sociales y sus sistemas de protección social creados en los últimos quince años (gráfico 2).

Gráfico 2. Factores del descenso de la desigualdad en Argentina, Brasil, Chile y México

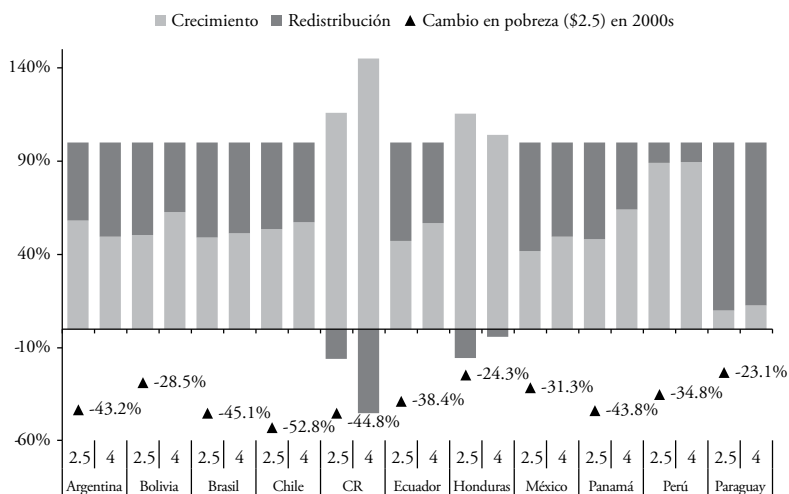


Fuente: Azevedo, João Pedro; Gabriela Inchauste & Viviane Sanfelice, 2011. «Decomposing the Decline in Income Inequality in Latin America» [mimeo]. Banco Mundial.

Las proporciones varían pero en cada país vemos un parecido: los ingresos laborales explican el primer impacto y las transferencias sociales, el segundo. Esto amerita una reflexión mayor acerca de quiénes se benefician en uno y otro. Cuando se desagrega de manera un tanto más abstracta para ver el *efecto crecimiento* versus el *efecto distribución*, encontramos que en la media de los países el efecto de reducción de la desigualdad explica el 50% de la reducción de pobreza, pero en el Perú solo alcanza el 11%, debido a motivos que intentaré explicar luego. Si analizamos la historia de toda la región, veremos que el crecimiento económico en muchos países del cono sur está vinculado a *commodities*, a precios de minerales o de hidrocarburos. Se ha visto un auge que genera la reducción de pobreza en el sector no transable de la economía: servicios, comercio, transporte, construcción, etcétera. La mayor parte de

los países de América Latina están viviendo de ese apogeo de consumo con bajas tasas de liquidez y muchos créditos para consumo; en algunos pocos países hay un avance de la inversión o un periodo de inversión alto y el Perú es uno de ellos, particularmente en los sectores extractivos de la economía (gráfico 3).

Gráfico 3. Descomposición del descenso en la pobreza

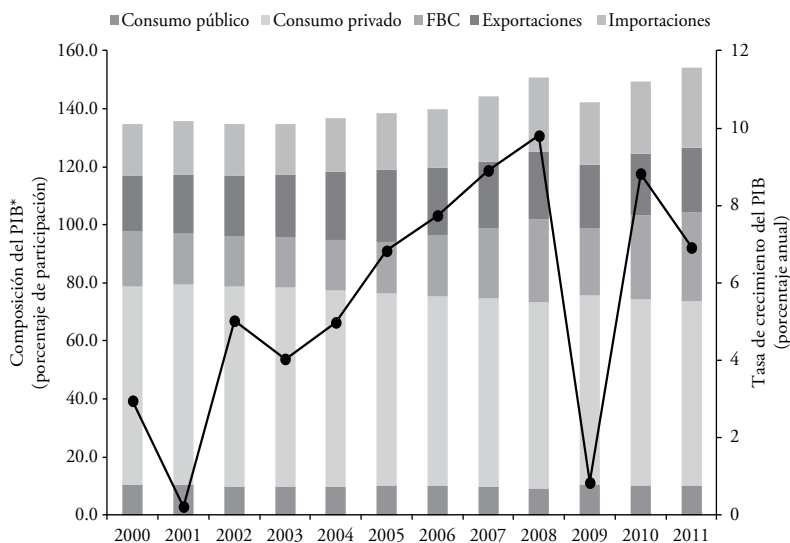


Fuente: Lustig, López-Calva y Ortiz-Juárez (2012).

Cuando pensamos en la incidencia del crecimiento económico en los últimos años —es decir, la descomposición un poco más fina, si se miran los deciles de ingreso—, si separamos el 100% de la población en diez grupos, la más pobre del Perú —a partir de una microsimulación realizada con Eduardo Ortiz-Juárez— llega a tener hasta 6% de crecimiento en ingresos laborales versus un promedio del 4% en la media. Entonces, existe algo así como un *crecimiento pro pobre* en los dos deciles más pobres de la población,

que luego va bajando más o menos hasta llegar al 2,7% o 2,9% en los deciles más ricos. Esto surge del análisis de las encuestas de hogares, a pesar de las cuales no conocemos el ingreso del 1%, del 5% o del 10% más alto del Perú, ni de ningún país de América Latina, porque no se reportan los impuestos de manera abierta en los sistemas tributarios. Solo Colombia ha reportado los impuestos del 1% más alto; los otros países no conocemos la distribución exacta de ingresos ni el percentil más alto. Hay dos fuerzas convencionales que están moviendo la reducción de pobreza y desigualdad: el lado laboral y el no laboral (gráfico 4).

Gráfico 4. Composición y crecimiento del producto, 2000-2011



Nota: La suma de los rubros del PIB es igual a 100 si a las exportaciones se restan las importaciones. Elaboración propia, junto con Eduardo Ortiz-Juárez, a partir de las bases de datos de CEPAL (CEPALSTAT, https://www.google.com.pe/webhp?source=search_app&cgws_rd=cr#-q=CEPALSTAT) y del Banco Mundial (Indicadores de Desarrollo Mundial, <http://datos.bancomundial.org/indice/ios-indicadores-del-desarrollo-mundial>).

Hablaré someramente del lado laboral. Lo que hemos visto en casi todas las economías de la región son aumentos sostenidos en los salarios reales en diferentes sectores de la economía. Siempre con la excepción de República Dominicana, hemos encontrado una brecha muy fuerte entre hombres y mujeres, que se mantiene a lo largo del auge. La diferencia salarial entre hombres y mujeres no ha bajado en quince países de la región; esta se mantiene a pesar de un incremento de las horas trabajadas de la mujer. En el caso peruano, esta brecha ha sido creciente en los últimos cinco años. El segundo tema de interés en el mercado laboral es la composición del empleo. A escala regional, dos de cada tres nuevos empleos son generados en el sector de servicios, no en agricultura ni en manufactura. En el Perú esto es parcialmente cierto, pues gran parte de los empleos son generados en el sector de servicios, pero ha habido una traslación de manufactura hacia agricultura y sectores extractivos y minería en los últimos cinco años, y es el único país en América Latina que vive esa reversión en el patrón laboral. El tercer tema que surge en quince países de la región es la informalidad y el rol que juegan las economías informales. En el caso peruano esto se demuestra porque el sector de servicios, en particular, sugiere una proporción significativa de empleo en el sector informal, casi siempre poco productivo y con nivel salarial bajo, pero con algunas excepciones. Los sectores de servicios, algunos vinculados a sectores transables (construcción, en algunos casos, y también transportes), han encontrado bolsones de alta productividad en los últimos años. En efecto, los países latinoamericanos dependemos de todos estos productos y de toda esta canasta de precios.

El profesor Ocampo, quien está liderando con nosotros el proyecto Más de lo mismo, ha hecho un estudio histórico en

el último siglo para observar los súper ciclos de precios largos de 20 o 30 años. Y ha encontrado evidencia de que hemos llegado al pico de este auge de *commodities* hace un par de años, en el momento más o menos de la crisis, y que estamos más bien en una instancia de reparación a escala de ciclo largo (Erten & Ocampo, 2012). Una buena noticia en el caso específicamente peruano sobre los análisis de simulación acerca de cómo se sostiene el crecimiento económico en el Perú es el análisis hecho por el Fondo Monetario Internacional. En América Latina, en general, vemos lo siguiente: las características estructurales de nuestras economías son de baja productividad y eso nos lleva a la negativa, pero las políticas macroeconómicas generadas en muchos países generan un ascendente en crecimiento económico. Es así que esos dos efectos se neutralizan en cierta medida pero tirando más hacia lo positivo. Esta década ha sido buena gracias a temas coyunturales, pero también porque ha habido un cambio en el perfil de políticas públicas. La pregunta es si se puede sostener ese perfil de políticas públicas a mediano y largo plazo. En el caso del Perú, el crecimiento depende en parte del superciclo de precios, ya que muchos de los productos son exportados a Estados Unidos, a China y también a la Unión Europea, y es de esperar que el efecto de esta turbulencia tenga un impacto en el mediano y largo plazo.

Dos escenarios son los que se discuten actualmente en el ámbito regional sobre el cambio en los precios; ambos son discutidos por el documento del Fondo Monetario Internacional y un documento reciente del Banco Mundial. El primer escenario señala que esta dinámica es continua, ya que en el superciclo existe un goteo de *commodities* y que estos recursos naturales primarios van a sectores de servicios vía consumo o inversión, tasas de interés bajas, liquidez de la banca, riesgos, sobrecalentamiento de la economía,

burbujas financieras, pocos incentivos para incrementar la productividad e innovación y escasos estímulos para diversificar la economía fuera de esos pocos productos. El segundo escenario es el de una desaceleración gradual; vale decir, servicios financieros, construcción, sectores en los que los servicios se desaceleran y por ello son la vanguardia de este modelo de goteo. Es así que el impacto sobre horas trabajadas y empleo se empieza a sentir y luego aparecen los riesgos, como la desaceleración económica que va frenando ambos motores de inclusión social, empleo y potencial fiscal. Digamos que la primera preocupación es si seguirá el ciclo económico y la segunda es si podremos continuar haciendo más de lo mismo si este ciclo persiste. Al respecto, en Latinoamérica encontramos que la respuesta probablemente sea que no, porque el grupo que se ha beneficiado de los sectores dinámicos en servicios urbanos son hombres de 25 a 49 años de edad. Entonces, los perfiles de trabajo y la inercia existente están enfocados a ese grupo etario y poblacional, así como a esa estructura económica. En consecuencia, el espacio para continuar creando empleo de buena remuneración en esos bolsones se está llenando; el proceso tardará algunos años más, a menos que cambie la productividad del sector de servicios o la del sector transable de la economía diversificada orientada hacia la inserción global.

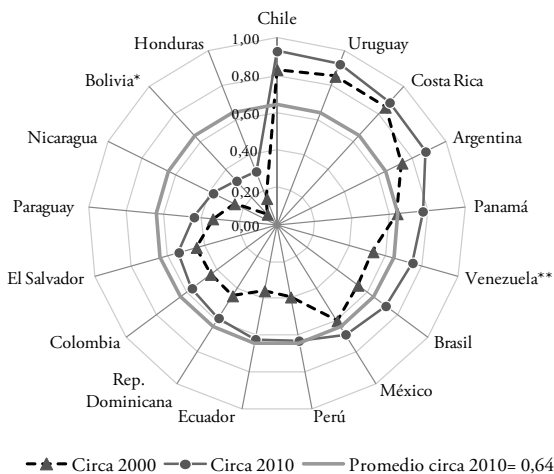
Lo mismo podemos decir del lado social; no nos enfoquemos solo en lo económico. Uno de los principales impactos de este periodo fue la reducción de la desigualdad de ingresos medida por el coeficiente Gini, que pasó de 0,54 a 0,46 con los datos de la encuesta 2011 en el Perú. La incidencia de la pobreza se redujo de cerca de 42% en el año 2007 a alrededor del 28% en 2011 (dato proporcionado por mi colega Ortiz-Juárez); con esta reducción de la pobreza, la composición de estratos sociales experimentó

una transformación. La proporción de hogares vulnerables pasó de 37 a 34 en tanto que la clase media creció de manera significativa. La definición de clase media utilizada en estos estudios es demasiado simplista, ya que solo atiende al umbral cruzado de los 10 a los 50 dólares por día, per cápita; mientras que la línea de pobreza está en 4 dólares per cápita. Desde una perspectiva un poco más sofisticada, y ya apartándonos de la mirada económica, la transformación de una sociedad y de las sociedades con clases medias incipientes significa no solo cambios económicos sino también modificaciones en aspiraciones, demandas y maneras de concebir el desarrollo y el progreso; así como muchos más incentivos sobre educación de calidad, del empleo y otros indicadores de bienestar. Uno de los temas de mayor demanda en la discusión actual es mirar otras dimensiones de progreso que no solo sean indicadores de consumo e ingresos; uno de esos asuntos podría ser el uso del tiempo. Nuestras colegas en Panamá, especialistas en temas de género, han estado analizando la economía del cuidado y la doble carga laboral que tiene la mujer dentro y fuera del hogar, y el uso del tiempo de hombres y mujeres en América Latina. El resultado es un patrón bastante divergente, pues a pesar del aumento de la apreciación laboral de la mujer, la carga laboral doméstica continua para ellas. Esto es, si se quiere, una desigualdad dura de largo plazo en la región.

Una segunda desigualdad dura que emerge una y otra vez es el tema de diferencias en grupos étnicos, específicamente las desigualdades horizontales que fueron analizadas y teorizadas por la profesora Rosemary Thorp y por muchos otros especialistas de la región. Vemos todavía bolsones duros de desigualdad en población afrodescendiente e indígena en América Latina respecto a los demás. En las Naciones Unidas hemos tratado de

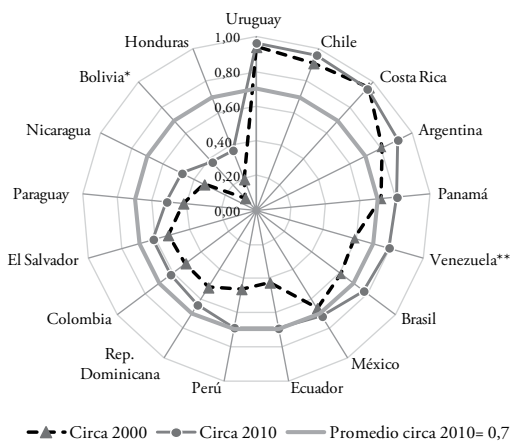
crear indicadores que nos lleven más allá de índices de pobreza o indicadores de ingresos. Por ejemplo, Álvaro García, que es un economista que trabaja con nosotros, ha creado el índice de ciudadanía social, que trata de medir el grado de expansión en diferentes niveles de la ciudadanía social en cuanto a temas como calidad de empleo y trabajo infantil, que no son los usuales, y contrastarlos con los derechos exigibles, más allá de las brechas existentes. Él y su equipo tratan de estimar esa brecha para cada país. Lo que se ha encontrado es algo sorprendente, y es que muchos de los países que concebimos como menos desarrollados en la región son los que más empuje han tenido en el logro de sus derechos de ciudadanía social. En esa lista están Bolivia, Ecuador, Venezuela y también Perú, en los últimos años; en menor medida están los que consideramos con mejor logro, como Uruguay, Costa Rica, Chile. Tradicionalmente, estos han tenido un alto logro económico, pero no tienen muy buenos indicadores en ciudadanía social, en la capacidad civil organizada de generar derecho y derechos exigibles. Entonces, algo interesante está sucediendo en la sociedad latinoamericana, y el gasto social y el crecimiento económico son importantes determinantes de esta evolución. Por ello, la pregunta válida que se hace mi colega es acerca de cuál será la sostenibilidad de estos avances cuando se caiga el ciclo de precios. Cada sociedad requiere un pacto fiscal, un acuerdo sobre tributos y también sobre asignaciones y transferencias que genere un perfil progresivo de generaciones en un piso mínimo de dignidad en cada país. Algunos países han ido preparando el camino y otros, no; este es un tema pendiente en la agenda latinoamericana (gráficos 5 y 6).

Gráfico 5. Índice de Ciudadanía Social (ICS) (2000-2010)



Fuente: García y Miranda (2011).

Gráfico 6. Índice de Ciudadanía Social Capacidad País (ICSP) (2000-2010)



Fuente: García y Miranda (2011).

Finalmente, existe un círculo virtuoso entre ciudadanía social, la expansión de derechos exigibles y la gobernabilidad democrática, medida a través de indicadores de ciudadanía política. Al respecto hay un estudio llamado *Ciudadanía*, por si quieren verlo. Mis reflexiones finales se concentrarán en el ámbito regional. La primera reflexión es que hay 32 países en América Latina y El Caribe, 26 de ellos son de renta media, pues tienen ingresos per cápita de entre 4000 y 16 000 dólares per cápita. En esa franja existe una discusión a escala global sobre si existen trampas endógenas creadas dentro de las propias economías; y el ejemplo que más se utiliza al respecto es China. Este país se encuentra en una llamada *trampa de renta media*, pues su economía depende de la exportación de manufactura altamente basada en la mano de obra, la cual se ha ido encareciendo y, por ende, esto ha creado un perfil. Algo que es un logro de mediano plazo en este país es que cerca de cuatrocientos millones de personas han salido de la pobreza en la última década; lo cual, si se quiere, es un premio de competitividad o más bien una penalidad de competitividad en su economía. El plan económico de China en los últimos cinco años está diseñado para reducir el aporte de las exportaciones y otorgar el aporte del consumo doméstico de sus ciudadanos. Esto significa gastar más en la gente y menos en inversión. Por ello, ahora China tiene una característica que no existe en los países latinoamericanos, pues el consumo es altísimo comparado con otros países del mundo y la inversión tiende a ser pequeña. La trampa de renta media que estamos analizando nosotros en Naciones Unidas no tiene que ver tanto con un problema salarial, pues no creemos que América Latina tenga un inconveniente de este tipo, pero sí pensamos que enfrenta escollos de productividad en los sectores

populares de la economía que más requieren transformación, y que son aquellos en los que se está generando empleo y se está reduciendo la pobreza, pero en los que pronto encontraremos barreras para logros mayores.

¿Qué es lo que se vislumbra en la medida en que se va avanzando y mejorando ingresos per cápita? Empezamos a tener rendimientos decrecientes y algunos logros de inclusión social se hacen cada vez más difíciles. Este es el caso de los países de mayor logro; cada año adicional de expectativa de vida para los países europeos, en los que esta ya pasó los 80 años, es carísimo; pero para los países más pobres del mundo un año de expectativa de vida, que es 46 o 50 años de edad, esto es barato y necesario. Esta curva ascendente se extrapola no solo a temas como longevidad o mortalidad infantil sino a otros problemas del desarrollo humano concebidos de manera más amplia. Creemos que muchos países de renta media están empeorando a encontrar rendimientos decrecientes en el mercado laboral como en el lado fiscal. América Latina vive un proceso de inclusión social selectiva; la mejor década de este medio siglo ha generado logros en 51 millones de personas que han superado la pobreza, pero quedan 177 millones debajo de la línea de pobreza regional y 73 millones debajo de la línea de indigencia. En este mercado laboral se beneficiaron sobre todo remuneraciones de varones de 25 a 49 años de edad, en sectores de servicios en lugares urbanos, pero las mujeres jóvenes habitantes de áreas rurales no se beneficiaron al mismo ritmo que este grupo de vanguardia. La pregunta clave es ¿se puede avanzar haciendo más de lo mismo? Sí y no. Sí, porque existe crecimiento remanente de las inversiones del periodo del *boom*, el crecimiento de empleo en servicios no se ha agotado aún, existe espacio de focalización de gasto fiscal existente y para generar mayor progresividad tributaria en América Latina.

Pero no es posible porque la mayor parte del grupo excluido también está apartado del mercado laboral dinámico, y me refiero a las mujeres en población económicamente activa y jóvenes de 18 a 25 años. El Perú es uno de los países que tiene el mayor registro de personas sin ingreso ni empleo en América Latina. Este es un tema de discusión regional, no solo porque el superciclo del precio de *commodities* muestra volatilidad y los ajustes fiscales requeridos en la región también necesiten amplios pactos sociales.

Los obstáculos estructurales más importantes a futuro son la diversificación fuera de los *commodities*; la mejora de productividad de servicios, de calidad la de la educación, del impacto fiscal redistributivo; y la lucha contra las desigualdades duras. En muchos países, estas desigualdades son territoriales y étnicas, y son herencia de largos procesos de desarrollo histórico.

Sin embargo, los actores claves se están moviendo, existe movilidad social, hay nuevas clases medias de América Latina, que generan nuevos centros sociales y políticos con brechas geográficas que continúan creciendo, con brechas generacionales que también crecen; en consecuencia, las aspiraciones cambian. Parte de la agenda a futuro tiene que ser empatar muchas de las aspiraciones que son subjetivas con las condiciones materiales y objetivas de nuestras sociedades. Cada país encuentra su patrón de vivir bien o de tener una noción de progreso. En definitiva, esta idea será distinta en Venezuela que en República Dominicana o en el Perú.

Finalmente, debo decir que lo que hemos avanzado en la última década es muy importante porque se va definiendo el curso, al menos para muchos países, sobre cómo trabajar el tema de la reducción de la pobreza en un momento global en el que 1200 millones de personas están debajo de la línea de pobreza extrema,

de las cuales 39 millones están en América Latina y El Caribe. Eso quiere decir que el resto está en Asia y África, y el giro de la conversación global se ha enfocado en ambos continentes. América Latina tiene más de una discusión interna que le genera soberanía, lo cual es muy bueno, pero también le produce soledad porque en el futuro no va a necesitar ni depender como antes de la cooperación internacional, ni tampoco de políticas que vienen de afuera. Cada vez más se habla del potencial de la integración latinoamericana. El mercado de la región es como una familia grande que todavía no se ha adaptado a tal condición. Nosotros seguimos en nuestros países, vendiendo para nuestros mercados de consumo, pero poco a poco ese dinamismo regional generará un motor hecho a la medida de América Latina, con su propia norma de progreso y dignidad, y sus propios recursos.